

BORRADOR DE DISCURSO

Rompe sobre nuestra tierra, como si a un tiempo las almas de los buenos se hubiesen decidido a amanecer, una radiante claridad de aurora, azul en lo alto, confusa en lo que va tocando a tierra, y en lo que toca con la tierra, roja, como la sangre de que ha de nacer la luz. Y el divino espectáculo, que por todas partes me rodea, y día y noche está en mí, y a todas partes va conmigo, me da fuerzas para poner sin miedo el alma, libre de pequeñez y de pasión, junto a esta alma del Cayo, sustancia y levadura de toda el alma cubana del destierro, las fuerzas que me quitarían un justo bochorno si sólo trajese yo a este pueblo de hechos, a esta raíz de la fe cubana, a este cuarto dé banderas donde el pabellón no se plegó jamás, la pompa vana del fraseador de oficio, o el gorjeo pretencioso del ruseñor enamorado de su canto, o el lamento infectando de los que no saben que cada muerto es una raíz y cada vivo es un peleador, o la elocuencia deshonrada por los que disimulan con ella la verdad, y sirven con ella su interés, o el discurso desdeñable y hueco, pueril y vergonzoso, de los que no saben, en la hora creadora de la muerte, ponerle a la palabra el pensamiento que le exige, y el espíritu que unifica y el machete que pelea.

O cada palabra es una piedra de cimiento y un fusil más, y un obstáculo menos, o cada palabra es respuesta grave y decisiva, al temor o a la alarma de los sensatos, o a la vacilación de los débiles; o cada palabra es lazo amoroso-que apriete, en dicha magnífica, en inefable ternura, a todos los que con igual limpieza batallan por fundar la patria, o cada palabra es anatema a cuantos osasen por rencillas de hormiga, o ambición de lunar. o miedos de coqueta, o ceguera de búho, detener, en la hora que no -admite dilación ni error, el alzamiento unánime y activo, de cuanto nos quede de previsión y honor,-o la palabra es vil pintura, vil albayalde y vil carmín, buena sólo a esconder la prostitución del alma.

¡Maldita sea la inteligencia que incapacita a la otra de hacer cundir la obra del corazón!

Nada es la inteligencia que la naturaleza, sembrando al azar o desenvolviendo por ley, pone por igual en el alma del apóstol, que se consume del deseo de ver felices a los hombres en la patria y en la justicia, y en el alma del traidor, que se acurruca de dócil escabel a los pies del tirano de su patria.

Nada es la inteligencia que se emplea, como el hurón enamorado de su agujero, en cavar, con la cabeza hacia lo oscuro de la tierra, como cuando a los hombres a desconfiar de los que aman el sol. Nada es la inteligencia, que, por la insinuación artera, o la mentira voluntaria, o la hostilidad sorda, o los mil modos deshonrosos y eficaces que aconseja y pone en uso la soberbia descontenta y disimulada, mina la tierra que el patriotismo necesita mantener henchida de corazones empalmados como las vigas de una trinchera. Me quemaría en el casco la inteligencia si me hubiese servido, en un solo acto de mi vida, para fomentar en mi provecho mi autoridad personal, o para atraerme amigos por la complicidad o el halago, o para negarle amigos a la virtud

ajena, porque no es virtud mía, o para obligar al patriotismo puro a pasar por las horcas de mi poder, o para imperar sobre los hombres divididos.

...que por la insinuación aviesa, o la ignorancia tenaz, o la mentira voluntaria, aparta los corazones de los hombres de modo que la hora sublime no los halle capaces ni ordenados para cumplir con su deber. Crimen es la inteligencia cuando, con cada uso de ella, con la palabra privada como con la palabra pública, con la carta como con el discurso, con el acto como con el consejo, no se emplea sin rezagos de interés propio ni pujos de autoridad confesos u ocultos.

Cuanto rebaje a un hombre me rebaja, y un hombre bajo que viniese detrás de mí, me paría como mi propia bajeza. Encender a los hombres quiero, y abrirles los ojos para que con sus ojos vean la luz, y decirles la verdad que sé para que con ella me avergüencen y castiguen cuando obre yo contra la verdad, y unirlos de manera que cuando la patria, convencida definitivamente por la desesperación, nos pregunte qué hemos hecho de la libertad que tuvimos, en doce años de tierra extranjera, para redimirla de la agonía en que se revuelve, cortada de las ataduras y empobrecida por el veneno, no tengamos que responderle, con la cabeza baja del culpable, con la cabeza inútil: ¡te cantamos, y te lloramos, y tuvimos encendidos los fuegos pequeños, encendidos por acá y allá; pero no supimos, con alzamiento unánime y magnífico, deponiendo lo ruin de nuestras almas y confundiéndonos en los esplendores inmarcesibles de lo grande, reunir con la fe de los nuestros y el respeto del mundo, las fuerzas reales que teníamos para salvarte: ¡oh patria!-yo no quiero ser de los que tengan que bajar la frente! ¡Yo quiero ser de los que, sofocando todo lo ruin de la naturaleza, me alce luego, en mi cuerpo o en mi sombra, con mi patria salvada, del brazo de todos los buenos, en los esplendores inmarcesibles de lo grande!

Y por eso es tan vehemente mi alegría, tan fiero el júbilo que se me desborda del corazón,-porque estoy delante de los hombres que no tendrán que bajar la frente,-porque mi misma presencia aquí, la presencia de ¡cubano continuo que jamás se ha manchado con una intriga, ni ha incubado ninguna camarilla, ni ha entrado en repartos y componendas de autoridades presentes o futuras, ni disfraza con nombres patrióticos apetitos personales, ni ha tenido ni querido tener más compañeros que la palabra justa, y el plan creciente de acción, y la pasión de amor por los solos y los desvalidos del mundo, y el coraje de decir la verdad,-demuestra que este pueblo que ha aprendido en la experiencia a razonar el entusiasmo, y honra muy de veras a aquellos a quienes honra, no caería nunca en el odio de poner la menor rémora, con esta o aquella máscara plausible que jamás faltan a la mala voluntad, al deber de erguirnos todos juntos, de modo que el mundo nos vea, y nos respete y nos ayude, de modo que la patria no nos halle miserables canijos incapaces de llevar adelante la obra gigantesca, en el momento en que el dolor de la patria ha llegado ya a su madurez, ¡y necesita y exige de nosotros la obra de gigantes! ¡Y para mí la tarea es fácil, porque tengo en mi corazón la memoria de tantas víctimas y horrores, que me tiene en continua llama el pensamiento, y a todas horas me tiene armado el brazo! ¡para mí la tarea es fácil, porque soy hijo de aquella tierra, donde al primer . . . de la libertad, del abrazo de la danza y el manto del cura y el bastonete del celador, salió volcánico, Céspedes; salió,

ígeo, Agramonte; salió, angélico, Morales; salió, creador, Valdés; salieron los padres sublimes que a cada jornada de la libertad encendían una nueva virtud e iban dejando atrás un vicio;-para mi la tarea es fácil, porque siento llameante a mi alrededor, como círculo de fuego que no logró apagar el enemigo, aquel pueblo donde ha vivido la patria infeliz, como en la ternura del seno maternal.

¡Salga del corazón la gratitud de novio con que año sobre año, he venido, queriendo. queriendo como a un timbre de familia o a una virtud mía personal. a este pueblo imperecedero donde ha perdurado sobre los desdenes, y sobre el injerto sistemático del crimen con que la quiso envenenar el vigilante español, aquella virtud por la que todas las demás son posibles, y por donde el criminal mismo se redime y hermosea,-la virtud patriótica! ¡Salga del corazón enamorado el himno de ternura para los que, con las manos criadas en la ciudad, podrida, alzarón, a los ojos atónitos del extranjero irrespetuoso, la escuela que prepara, la casa que fortalece, el banco que... , el liceo que une; para los que derramaron sin tasa el bálsamo de su consuelo sobre los peregrinos que andan por el mundo con los pies llagados de las jornadas inmortales; para los que de la deleznable arena del extranjero han hecho mármol para la historia; para los que, cuando cayó por nuestro crimen, la guerra sacratísima de la independencia, la amortajaron en sus corazones. ¡Y otros crean que son los más de un pueblo aquellos que en la hora de la necesidad flaquearon más pronto, o aguardaron ásperos e inútiles en el destierro la hora de volver, o volvieron contritos, a codearse con aquellas gentes que manchan la ropa, o crían a los hijos en el olvido imposible e inútil dentro del país, o en la vida sin placer ni fin ni raíces del suelo extranjero, o duermen contentos con la llaga de cabecera, porque ya tuvieron bastante con la primera vez! ¡Pues nosotros no hemos tenido bastante, hasta que, sin el miedo y limosna de la vida extranjera, sin el pesar violento de la humillación continua, sin la bofetada abrasante de tanto cubano envilecido y tanta honra vendida por el hambre, podamos vivir por fin donde los hijos se levanten con el jugo y la fuerza de su tierra nativa, y los ancianos mueran, ¡morir al menos en la tierra donde cayeron sus hijos! hasta que los cubanos no anden por la tierra ajena sin el descrédito que sigue entre los hombres a los incapaces, y por la propia con ese paso femenil que los observadores de la decadencia humana vieron sólo en los fórnices de Roma y en los serrallos! Otros crean que son los más de un pueblo los que de la mente generosa o la vanidad herida sacaron el valor preciso para ir detrás de los que osaban acometer, y por su convivencia aseguraron luego una situación que con su desvío no hubiese criado el poder alarmante de desmigajar, carácter a carácter, el país; otros crean que los que se apresuraron a reconocerse vencidos, porque tenían toga y nombre, valen y pueden más que los que, por resistirse a vivir como vencidos, han demostrado su derecho y su capacidad de vencedores; otros crean que lo mejor de un pueblo es lo más débil, y lo menos creador de él: ¡yo siempre creeré que lo mejor de un pueblo, y lo más enérgico y seguro, es aquella parte de él que, con menos elementos- pura fundar, y con menos estudio y ejercicio de las artes de fundación, creó, en la soledad hostil del destierro, un pueblo vivo y creciente cuyo igual no han podido fundar, con las fuerzas supuestas de la tierra nativa, los que se pavonean ante el consuelo de su espejo, como poderes superiores; siempre creeré que la virtud de un pueblo, y la cultura verdadera, porque lleva en el los gérmenes

reales de genuinidad e independencia de la cultura definitiva, está, más que en los que volvieron a vivir de los recursos viciados, en cuanto aire se respira y en cuanto pan se come, por la complicidad culpable y la condescendencia insolente de los dueños,-en los que levantan y mantuvieron en pie, por sobre deserciones, y transiciones -y las minas que abre por tierra el colmillo español, y barcadas de crímenes, la ciudad de arena que ha dado ya mármol para la historial

Y si de mí no naciera tan tierno y ardoroso este saludo mío orgulloso a los que con la prueba del Cayo desmienten a los cubanos anémicos que creen a sus compatriotas todos mermados por la flojedad que los aqueja, yo tendría el deber de traer conmigo el cariño entusiasta que la bravura, y la lealtad, y el tesón del Cayo inspira a cuantos junto a mí, sin sueños ridículos de localidad predominante, ni recelos delincuentes de otras localidades, admiran, como admiro yo, el brío cubano que he venido a quitar, con esta prueba viva, el argumento a aquellos hombres segundones, levantados en el mundo sobre la comodidad de las castas triunfantes, que negaban,-que niegan aún, a nuestra tierra el poder para sacarse de la sangre los gusanos de la colonia, el poder de mejorarse, y vivir por sí, y regir por sí, en la franqueza de la opinión y en el orden del derecho. Conmigo viene,-con la excepción humana y posible de los que en lo más santo buscan su notoriedad y su ventaja, el deseo amoroso de apretar el alma, de modo que sea una con este pueblo querido que, en la hora de la soledad, guardó, como una urna, el corazón cubano

lo siento verdad desde lo más solemne y entrañable de mi alma; apenas hay ya tiempo para juntar el país de afuera en los tamaños convincentes y el propósito visible que puedan dar vida a la explosión de ira y miseria, por donde, de un componente mal aconsejado, o de un padre que no tenga pan para la casa, o de un justo a quien se le inflame el corazón, resucitará, más convencida que antes, el alma de la patria.

¡Y los plácemes del mundo serán sobre nosotros, si con el mérito de los hombres fuertes preparamos el modo de dar al universo una república feliz en el jardín de la naturaleza-o la maldición justa de la patria, y el desdén merecido de la historia, caerá sobre los que por miopías o pequeñeces abandonamos la patria que pudimos salvar a una guerra desordenada que en caso de triunfo traería al gobierno su caos peligroso. y en caso de derrota ce la última sangre del país, rendiría, al fin de tanta muerte, la tierra consagrada en manos extranjeras! ¡Alejemos la maldición de nuestras cabezas! ¡Obremos, ya que tenemos tiempo, de modo que sean sobre nosotros los plácemes del mundo!

No tenemos, no, tiempo de errar, ni es posible, en las matemáticas invisibles e implacables por que se rigen los pueblos, tomar más tiempo, entre los cubanos de afuera, para ordenar su acción en

como quien está de compra y venta, a menos que no se le reconociese cabeza obligada de lo nacional; ahora, cuando está el rayo para caer, no hay más que asirlo, en vez de ofrecerle nuestras cabezas, y pelear con él.

Antes pudimos, mientras se maduraban y pudrían, una por una, las frutas de la paz, dejar que las propias nuestras llegasen a sazón, y se pudrieran las que fuesen. de pudrir. Pudimos antes de irnos contando y probando, y viendo quiénes quedaban y por qué, y dando ocasión a que se fuese entendiendo cómo ha de tener sesos el caballo, si quiere apearse en tierra firme a la virtud; mientras que un puñado de tranquilos y voluntarios, con su sal de España y su pimienta de Guáimaro, y sus espolones de hombres de buena voluntad, levantaron, detrás de un tránsfuga menesteroso, el partido inútil de una paz que sólo podía imponer respeto mientras estuviese de la brida el caballo de pelear, que pareció de monta muy incómoda a los voluntarios y a los tranquilos: ¡y está seguro. y con la silla nueva, en nuestras manos! : pudimos, y debimos, dar ocasión, con el respeto franco y continuo, a que se disipasen en el conocimiento seguro, y por la prueba de la acción, los recelos justos que quedaron de una guerra que tuvo todas las energías y las condiciones todas para vencer, y por nuestra incapacidad y nuestras vacilaciones fue vencida, por el deseo tímido en unos y sensato en otros de procurar la libertad por menos de su precio, mientras la turbación precedente al derrumbe del partido que pedía paz de rodillas al vencedor que le tiene el sable sobre la cabeza, abrió paso á la cobarde conseja del anexionismo, de la anexión de un pueblo-sembrado con las semillas de la sangre, héroe de la epopeya única de los tiempos modernos, capaz, con capacidad probada en la inclemencia de la nieve, y en la inseguridad de la arena, de alzar, con los elementos menos propicios, pueblos de industria viva y organización honrosa, jamás de hijos ilustres por dotes raras de administración y fundación,-de la anexión de un pueblo criado en la leyenda y el deseo y el ejercicio de su vida propia-a una nación donde el hombre de más humanidad y cordura, el leñador que vivió sin engaño y triunfó sin ira, lo creyó propio sólo para echar como en un vertedero, toda la hez de la guerra de la esclavitud. Mientras los globos se hinchaban, y bamboleaban, y se venían abajo, pudimos andar de reconocimiento, esperando unos por otros, cayendo en una impaciencia, y levantándonos en una lección, catando y desechando remedios incompletos y dañosos; pero hay que andar por el polvo, revuelta la poca honradez con la mucha falsedad, el autonomismo hoy, que anda la anexión, después de su tratado burlesco, metiéndose donde debe para que no la silben por las calles, hoy que, con amarga tristeza, o sonriendo de hambre, aguardan en la antesala de los condes ahitos, los que fian a la especie de una liga urbana e inmoral, de una liga traidora y movediza de intereses parciales la paz de un país cuya necesidad no pueden cubrir los intereses coaligables, y cuyo decoro exacerbado por la falta de remedio correspondiente a las ofensas, vuelve, con los caballos y la yerba nueva, a los senderos donde la miseria halla al menos el diario del nombre escrito, para salir, en el día súbito, al paso de los redentores que le hayan avivado la fe en sí y hayan convertido en respeto útil la simpatía vaga o el desdén temible de los pueblos del mundo; hoy que la isla desesperada y deshecha, pronta a redoble y marcha, abre anchamente el corazón a los que hemos jurado vivir para su bien, y esperar por ella, y reservarnos para ella; hoy que se vuelve a nosotros el país, con la angustia suprema en los pechos, y una razón harto escarmentada para

echarse a ciegas detrás de un pensamiento o una ilusión, no le mostraremos, llorones incapaces, sin tacto y sin virtud y sin pujanza para salvarlo, con la acción ordenada, de la agonía de donde nos seguirá cuando nos vea capaces a llevarlo a la salvación,-¿o nos le mostraremos como somos, y como sería vileza y ceguera que no fuésemos, unos en mente para la preparación discreta e invencible, unos en brazo, para la pechada que no habrá cómo volver atrás, unos en corazón, para la república cordial y trabajadora? ¿O vamos a responder, con pedradas sueltas, a los cañonazos que se nos lleven la segunda y última flor de nuestra tierra? ¡No, me dicen las miradas! ¡No, me dicen las manos impacientes! ¡No, me dicen los corazones alarmados! ¡No seremos los asesinos de la patria! ¡No destruiremos su última esperanza! ¡No ayudaremos con nuestro desorden a sofocar la guerra nueva, la guerra última, de la desesperación desordenada! ¡No serviremos a la patria, con nombre de patriotas, como si le fuéramos traidores! ¡No haremos menos de lo que la patria espera y necesita de nosotros! ¡De nosotros, como del pecho de los bravos cansados de aguardar, como de la fe de los viejos, retemplada por la espera bochornosa e inútil, como del fuego de los jóvenes inquietos, en su vida mísera e insegura, por el recuerdo centelleante de los que con menos ignominia tuvieron a su edad menos... de nosotros, acreditados por la obra despaciosa y necesaria de limpieza y ordenación en estos años penosos y turbulentos, brota por impulso espontáneo, con beldad de luz, que sólo han de morder los que andan por la tierra. con el diente enconado, clavando el diente dondequiera que asoma un rayo de luz, brota, por el mandato que no se ha de desobedecer sin castigo, el himno indómito de la resurrección!

¿Qué ley soberana es ésta que manda poner, y pone a una hora misma, sin una carta de intriga, sin una palabra de convenio, sin una reserva de trastienda a los corazones? ¿Qué empuje incontrastable es éste que, por sobre la mar y el desconocimiento, nos tiene en estos días como rodeados de amigos, de amigos que nos hablan y nos cuchichean, que nos saludan con ternura, que nos tratan como conocidos de viejo, que nos piden perdón, por no habernos conocido antes, que están a nuestro lado, en solemne concilio, aunque estén, pálidos de ira ante la ignominia, del otro lado de la mar? ¿Qué bando misterioso, que no perdonará al traidor solapado bajo la ambición, ni al traidor manso por el egoísmo, ni al traidor por la envidia, pasa, como un vuelo de almas, como